

4-38
La sangre de Aitor.

[Recogido en "de mi país."
n.º 81-82]

1

("El Mercurio". suplemento literario, Bilbao, 14

setiembre 1891



LA SANGRE DE AITOR.

Super flumina Babylonis.

De la más pura sangre de Aitor había nacido Lope de Zabala restieta, Goicoerrotache, Arana y Aguirre, sin gota de sangre de moros, ni de judíos, ni de godos, ni de maquetos. Apoyaba su orgullo en esta nobleza tan casual y tan barata.

Lope, aunque lo ocultó y hasta negó durante mucho tiempo, nació, creció y vivió en Bilbao, y hablaba bilbaino porque no sabía otra cosa.

Ya al cumplir sus 16 años le ahogaba Bilbao é iba á buscar en el barrio de Azua al viejo euscalduna de patriarcales costumbres. Bilbao? ufi comercio y bacalao!

Como no comprendían al pobre Lope sus convillanos le llamaban chiflado!

En cuanto podía se escapaba á Santo Domingo de Archanda á leer la descripción que hizo Rousseau de los Alpes, teniendo á la vista Lope las peñas desnudas de Mañaria que cierran el valle que arranca en Echevarri, valle de mosaicos verdes, bordado por el río.

Una mañana hermosa de Pascua, á la hora de la procesión, se enamoró de una carucha viva y al saber que la muchachuela se llamaba Rufina de Garaitaonandia, Bengoacelaya, Uria y Aguirregoicoa saltó su corazón de gozo porque su elegida era como él de la más pura sangre de Aitor, sin gota de sangre de judíos, ni de moros, ni de godos, ni de maquetos. Bendijo á Jaungoicoa y juró que sus hijos serían de tan pura sangre como él. Y de noche soñó que se desposaba con la maitagarri, libertada de las terribles garras del basojaun.

A la vuelta de un viaje que hizo á Burgos se fué á Iturrigorri á abrazar á los árboles de su tierra.

A las romerías iba con alegría religiosa. Odiaba esas en que mozas de mantilla bailan polkas y walses, y buscaba esas otras escondidas en rincones de nuestros valles.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

A.5.3/21



1-28

Cuando veía á algun viejo de pipa de barro, viejo chaumbergo con el ala recogida por detrás, greñas blancas, capusay y mantarras quedaba en éxtasis pensando en el viejo Aitor.

Una pena oculta amargaba su alma. Ni él ni Rufina sabían una palabra de vascuence. ¿Por qué de niño no le llevaron á criar á un caserío de Cenarruza?

Mil veces proyectaron aprender el misterioso vascuera él y su íntimo Joaquín G. Ibarra, es decir, Joaquín Gonzalez Ibarra, Puigblanch y Carballido. El cual Joaquín era tan exaltado como Lope, pero el pobre llevaba avergonzado sus apellidos. ¿Cuándo recibirían en su

mente como maná de Jaungoicoa el verbo santo preñado de dulces reconditeces? pero es tan difícil deja tan poco tiempo el escritor! luego, tenía que aprender inglés para el comercio.

Si no sabía vasquera ¿en qué le conocerían? Decidió, ya que no podía hablar la lengua de Aitor, para darse á conocer chapurrar el castellano, ese pobre *erdera*, ese romance de ayer mañana, nacido como un gusano del cadáver corrupto del latín, lengua de los maquetos de allende el Ebro. Y decididamente empezó á estropear la lengua de su cuna, aquella en que le acarició su madre y en que rezaba á Dios.

Los veranos iba un mes á Villaro. Allí tomaba leche en los caseríos, admiraba las sencillas costumbres de los hospitalarios euscaldunas y al irse les dejaba una propitilla.

Una noche de luna llena subió á Laminano á soñar. El cielo estaba nublado.

Se presentó Aitor de pié junto al Cantábrico alborotado, la harba le caía como la cascada de Ujola, vestía extraño traje y miraba á la cuna del sol, de donde vino trayendo el misterioso verbo, fresco y grave, preñado de hondos arcanos, verbo que manaba de los labios del aitorra como rocío del espíritu. Aitor fué disipándose como neblina del mar.

Brilló luego sobre el valle, blanca y redonda, la luz de los muertos (il-arguia) y á su lado las estrellas parecían punzadas del techo del mundo, por donde filtra la luz de Jaungoicoa. Peñas oscuras cerraban el valle, pálido á la luz de los muertos, los árboles extendían en él



1.5.2/27



largas y recortadas sombras, las aguas corrían con rumor eterno y en sus cristales danzaba hecha pedazos, la luna reflejada. Los perros le ladraban, croaban las ranas en los remansos de las aguas, y dormía todo sobre la tierra menos los nobles euscaldunas. Vestidos de pieles crudas se reunían á la puerta de sus caseríos de madera y bailaban solemne danza, símbolo de la revolución de la luna en torno de la tierra. Lope, allí, en medio de ellos, les miraba enternecido. Presidían los ancianos, las viejas hilaban su mortaja.

Se adelantó el coblari y le ofrecieron pan de bellotas, lo probó y comenzó el canto. Acompañábase del atabalmientras entonaba en la lengua misteriosa himnos alados á Jaungoicoa, que encendió la luz de los vivos y la de los muertos y que trajo á los escaldunas de la patria del sol.

Lope, que no entendía despierto el pobre eusquera que hoy se usa, entendía aquél eusquera puro y grave.

La música parecía el rumor del viento en los bosques seculares de la Euscaria, sin mancha de wagnerismo ni armoniquerías que infestan hoy los zortzicos.

Cantaba el coplari al sublime Aitor que vino de la tierra del sol, de la Iberia oriental donde posó el arca; cantaba á Lelo, el que mató á Zara; cantaba á Lekobide, señor de Bizkaya, el que ajustó paz con Octavio, señor del mundo.

Callaba el coplari, brillaba redonda y blanca la luz de los muertos, y adoraban los euscaldunas al santo Lauburu, á la cruz, en que había de morir el Cristo siglos más tarde, mientras Lope se persignaba y rezaba el padre nuestro.

Se diaiparon los adoradores del Lauburu y Lope se vió en la cima del sagrado Irnio, entre euscaldunas crucificados que cantaban himnos belicosos y morían por haber defendido los fueros contra los romanos.

Vió pasar á los romanos, togados como estatuas de piedra; á los cartagineses de abigarrados trajes; á los godos de larga cabellera, á los quemados moros, y á todos estrellarse contra las montañas vascas, á las que venían á buscar riquezas, como las olas del Cantábrico contra el espinazo de Machichaco.





Vió á Jaun Zuría venir de la verde Eria, le vió derrotar en Padura al desdichado Ordoño, y vió la sangre de los leoneses transformar los pedruscos de Padura en la roja mena de hierro del actual Arrigorriaga, esto es, pedregal rojo,

Vió luego al echauco-jauna de Altobiscar asomarse á la puerta de su caserío y oyó ladrar á su perro.

Vió venir las huestes de Carloman, vió á los euskaldunas aguzar sus azconas en la peña, les oyó contar los enemigos, cuyas lanzas refulgian, vió rodar los peñascos de Altobiscar é Ibañeta, oyó la trompa de Roldan moribundo y vió escapar á Carloman con su capa roja y su pluma negra.

Luego asistió á las guerras de bandería y desde el torreón de una cuadrada casa-torre oyó el crujir de las ballestas, la vocinglería de los banderizos, vió las llamas del incendio y disolverse todo al sonido grave de la campana de la anteiglesia que reñía á los ladrones nobles y llamaba á los plebeyos como una gallina á sus polluelos.

Enseguida la larga y callada lucha á papaladas con los reyes de España que refunfuñaban antes de soltar privilegios.

Y tras esto, la elegía triste, la sangre de Abel, enrojeciendo el cielo la nube roja que viene del Pirineo preñada de los derechos del hombre que en violento chaparrón amagaban ahogar los fueros.

Aparecieron boinas y morriones....

Entonces Lope volvió en sí, y pensando en la última chacolinada dejó aquél campo.

Aprendió á conocer su patria en Araquistain, Goizueta, Manteli, Villoslada y otros. Leyó á Ossián y allí fué ella. Al volver de Iturrigorri, ya oscuro, miraba á los lados y al verse solo exclamaba en voz baja:

«Pálida estrella de la noche ¿qué ves en la llanura?» y como callaba lo estrella, él mismo se contestaba: «Veo á Lelo que persigue á Zara.....»

¡Qué enorme tristeza le daba ver desde las cimas á la serpiente negra, que silbando y vomitando humo arrastraba sus amillos por las faldas de las montañas y las atravesaba por negros ahujeros, trayendo á Euskaria la corrupción de allende el Ebro! Entonces suspiraba por la muralla de la China.



4.5.3/31



Qué nos han dado esos maquetos? pensaba, ¿no adorábamos la cruz antes que ellos nos trajeran el cristianismo? ¿no teníamos una lengua filosófica antes que ellos nos trajeran con su corrupto *erdera* la flor de la civilización romana? ¿no hizo Dios las montañas para separar los pueblos?

Y al sentir el ronquido de la serpiente negra exclamaba:

«Huye, huye, rey Carlomagno, con tu capa

roja y tu pluma negra y bajaba triste, apoyándose en su maquilla.

El sueño de su vida era el santo roble. No quería morir sin haberle visitado una vez cuando menos. El árbol santo es el complemento de la cruz que asoma entre sus ramas el escudo de Bizcaya.

Legó el día de la visita. Iba Lope en el imperial del coche cantando el himno de Iparraguirre y hartando sus ojos de paisaje. Subió Aunzagana á pie, apoyado en la maquilla. Entraron en la garganta de Oca, donde se despeña el arroyo entre fronda. Luego se abrió ante ellos la dilatada vega de Guernica, benehida de aire marino, y vió á lo lejos la iglesia de Luno, como centinela sobre el valle.

El aire corria por el valle acariciando los maizales verdes, el cielo se tendia sin una arruga, las peñas de Acharte cubaban el horizonte y la ermita de San Miguel parecia un pájaro gigantesco posado en la puntiaguda cima del Ereñozar.

Allí abajo, oculta tras los árboles, reposaba Guernica, Guernica la de las Juntas.

Cuando se apearon del coche Lope y Joaquín estaban medio locos. Sin cepillarse el polvo, preguntaron por el árbol y un chiquillo les mostró el camino. Entraron en el santo recinto, vieron mudo el anfiteatro donde batallaron las pasiones, muda la Concepcion guardada por espingardas, mudos los señores de Bizcaya.

Llegaron frente al árbol y se descubrieron. Y ni una lágrima, ni una palpitacion más, ni un impulso del corazón; era para desesperarse, estaban allí frios. Miraron bien al pobre viejo, vieron remondado de mortero, miraron al joven que se alza recto dividido en tres ramas, y se sentaron en los asientos de piedra del pabellon juradero. En el convento próximo tocaban las monjas.





Vino tambien un aldeano. Pasaba por primera vez por Guernica y no queria irse sin ver el arbol de la cancion, le miró y remiró, preguntó tres ó cuatro veces si era aquél y se fué diciendo:

—¿*Cer etc da barruan?* es decir ¿qué tendrá dentro?

Entonces les contaron á Lope y Joaquin la llegada del último Koblakari, no se sabe si de la region de los espíritus.

Una noche de plenilunio apareció junto al arbol el último Koblekari. Era un moceton robusto, las negras greñas le caian hasta la espalda algo cargada, llevaba boina roja, faja roja y un elástico rojo con bellotas doradas por botones. Se apoyaba en un baston de hierro y llevaba una guitarra. El Koblakari misterioso llegó, se arrodilló, abrazó y besó al arbol y leró. Entonó himnos que subian al cielo como incienso, cantó el himno divino del anteúltimo Koblakari y cantó luego la degeneracion de la noble razá vascongada, y la cantó en castellano!

Pero el pueblo no le conoció, hizo befa de él. Cabizbajo, sumido en honda tristeza, hijó á Guernica, dio de noche en la sesion de guitarra y rijió un dañuelito de seda.

Lope y Joaquin le retiraron á la fonda silenciosos y despues de haber calentado el estómago con unas humeantes chuletas y un vivificante vinillo de allende el Ebro, sintieron que una inmensa tempra les invadia el corazon, se resquebrajó el hielo que les hubo coartado frente al roble santo y el recuerdo de la visita les llenó de dulce tristeza que acabó en sueño.

Los dos, de vuelta de la santa peregrinacion, ingresaron en una patriótica sociedad que se fundó en Bilbao, á la que iban á jugar al dominó.

Más tarde, en época de elecciones, hizo Lope de muñidor electoral. Cuando llegaban éstas el santo fuego le inflamaba, evocaba á Titor, á Lecobides, á los heroes del Irnio, y se despepitaba para sacar triunfante con apoyo del primero que llegara á ser candidato unido á un blanco, negro, rojo, ó azul, y aquí paz y despues gloria.



La sangre de Aitor.



7

¡Viejos euskaldunas que os congregabais en los batzarres y cantábais á Jaungieoa á la luz de los muertos! ¡Vosotros que conservábais la médula fecunda del misterioso verbo, euskárik! ¡Nobles Koblakuris de la Euzkaria! Levantaos de la region de los espíritus, todos, desde el primero al último, el de los botones bellotas, levantaos! Descolgad de los añosos robles los mudos atabales y entonad elegías dolorosas á esta raza que descendió del Irnio á los comicios, á esta raza indómita ante las oleadas de los pueblos, domada por el salitre del bacalao y la herrumbre del hierro!

Mientras ellos pelean á papoletazos por un cargo público, llorad, nobles euskaldunas, á la sombra del Roble Santo!

MIGUEL DE UNAMUNO.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES

15.2/31